

pasar el raciocinio, supieron imponer silencio á la algarabía filosófica, descubriendo á toda luz las imposturas de sus autores. Ese esplendor que no ha perdido nada, esa grandeza intelectual que se admira todavía con entusiasmo, esa profundidad suma de pensamientos, muestra, sin duda alguna, de cuánto es capaz la razon cuando está siempre sostenida por la autoridad, y cuánto se ennoblece y exalta cuando procede con un conocimiento claro de su limitacion; así como tambien, el extravío deplorable de tantos talentos agigantados bien deja traslucir que todo es decadencia y confusion para el entendimiento orgulloso que pretende hallar en sí mismo todas las verdades y todas las leyes. Mas al fin de este siglo célebre empezaron á insinuarse ya ciertas pretensiones que no tardaron en envolver á la razon humana en un caos mas espeso y mas tenebroso que el primero.

17. „A fines del siglo XVII comenzaba á tenerse ya como un honor mui distinguido el empeño indiscreto de sobreponerse á las doctrinas tradicionales, el pensar por sí mismo, aislarse totalmente de la religion y abstraer en lo absoluto toda revelacion. Para ser mirado como original y profundo, dice un historiador mui reciente, para tener el título de filósofo, era necesario inventar un sistema nuevo, ó modificar, cuando ménos, algunos de los que habian ya circulado. Cierito es que los autores famosos de esta época cumplian la obligacion estrecha de reconocer los límites de la razon y respetar las verdades que forman el objeto de la fe: ellos, y principalmente Bacon, Descartes, Newton y Leibnitz, estos cuatro grandes genios, que dominaron á todos los de-

mas por su superioridad incontestable, fueron sin duda alguna religiosos y aun cristianos. Pero no lo es ménos, que muchos otros, cuya reputacion se habia notablemente extendido, no queriendo tomar por guia sino á su razon individual, emprendieron y empezaron á ensayar una temeraria reforma en la religion, en la moral y en la política; y crearon doctrinas quiméricas y frecuentemente monstruosas. Hemos visto ya lo que hicieron Hobbes en Inglaterra, Espinosa en Holanda, Thomasio y Wolf en Alemania, Bayle en Francia y en los Paises-Bajos. Este último puede ser visto como el padre de la filosofía del siglo XVIII: pues la influencia prodigiosa que obró sobre todos los espíritus en una gran parte de la Europa determinó el tono scéptico y epigramático de que hacian tanto alarde, en cuanto puede referirse á la religion, los que pretendian ser contados entre los bellos espíritus del tiempo, aspirando á la cualidad de espíritus fuertes y al nombre de filósofos.” (1)

18. He aquí los elementos fecundos de esa filosofía presuntuosa, temeraria y sacrilega, que mui pronto habia de sojuzgar á tantos talentos, poner en accion á todos los espíritus y presentarse como un gigante de cien brazos, para combatir á la vez las tradiciones venerables, la moral pura, la lei eterna, todas las instituciones políticas, todas las creencias religiosas, sacar al mundo de sus ejes y hacerlo volar por regiones desconocidas: Esta es la filosofía del siglo XVIII. Ella fué la que caracterizó á este con los epítetos

(1) *Bouvier. Histoire abrégée de la Philosophie.*

fastuosos de siglo de las ciencias de las letras y de las artes, siglo de pensamiento y de libertad, siglo de la grande regeneracion del entendimiento, feliz aurora del mas bello día de cuantos habian resplandecido sobre el género humano, principio de una era de gloria y de felicidad hasta entonces conocida y gustada de los hombres. Los escritores de ese tiempo se ensalzaban á sí propios; y como si ya previesen de una manera infalible los efectos próximos del criterio que mui pronto iba á juzgarlos, no quisieron aventurar á sus descendientes las fuertes inclinaciones que tenian á la fama, tomaron á su cargo la distribucion de la gloria; y semejantes á esos foragidos á quienes persigue por todas partes la vigilancia del Magistrado, se repartian el rico botin, se deshacian en alabanzas recíprocas, teniendo sin duda como necesidad el empeño noble de merecerlas. No sé que tenia de ridículo aquel esfuerzo incansable de hacerse pasar mutuamente por pensadores profundos ó genios de primer orden. „No los contenia la autoridad de las tradiciones, ni les causaba embarazo el imperio de las preocupaciones: iban á destruir la supersticion, á disipar las tinieblas, á establecer el reino de la razon y á efectuar en todas partes una regeneracion completa. Miraban con un soberbio desden á cuantos les habian precedido, y á aquellos contemporáneos suyos que no participaron de su incredulidad. Colocabáanse fastuosamente sobre estos, é imaginaban eclipsarlos á todos.” (1)

(1) *Bouvier. Hist. abreg. de la Philosoph. Liv. IX, pág. 189. (Ed. de le Mans de 1841.)*

19. En la extencion reducida de este tratado no cabe sin duda la ordenada y sucesiva exposicion de todos los sistemas, contradicciones y errores de la filosofía que tan bien caracterizó al siglo pasado; pero lo que se ha dicho basta para reconocer la evidencia de algunos hechos que no es posible desconocer. El primero es que en este siglo todo se sujetó á la razon y que se sacudió el yugo de toda autoridad: el segundo es que esta misma razon reunió todas sus fuerzas, desplegó toda su energía y agotó todos sus recursos, con el fin de llevar á cabo la empresa loca de levantar sobre las ruinas de todas las creencias el edificio de una nueva sabiduría; que llamó á revision y reforma la moral, la política, la ciencia del hombre y de la sociedad: el tercero es que nunca se ha delirado mas y que jamas habian sido tan momentáneos los triunfos de la razon. Los dos primeros hechos no carecen de ninguna prueba, pues tienen en apoyo de su evidencia hasta la confesion mas explícita de sus mismos autores. ¿Deberá ponerse en duda el tercero? Para esto seria necesario no haber visto jamas el aspecto deforme que presenta la sociedad examinada por los principios de esa nueva filosofía.

20. „Las sociedades actuales, como la filosofía las ha hecho, presentan á los ojos que no están ilustrados por la fé un espectáculo que causa, el mayor desaliento: es un inmenso caos, que no se sabe como descubrir, en el cual no se distingue ni punto de apoyo, ni conducto para salir. Vense aquí los desórdenes materiales, la confusion intelectual y moral, la enfermedad universal: ¿dónde tomar los remedios? se ignora.”

21. „La fe cristiana ofrece cuantos recursos fueran
«de apetecerse y los únicos eficaces; mas el orgullo
«filosófico rehusa inclinarse en su presencia, se agota
«en vanos esfuerzos y se precipita en nuevas invencio-
«nes tan infructuosas como las precedentes.” (1)

22. La filosofía incrédula, que llegó á su apogeo
en el siglo XVIII, fué tambien la que descargó sobre la
sociedad el golpe mas terrible que pudiera temerse.
„Los golpes dados en Europa á la sociedad y á la
«religion resuenan todavía, dice La Mennais, hasta las
«riberas de la América, y hasta en lo interior de sus
«bosques ensangrentados. Sí, ha venido el castigo sobre
«los hombres; ni aun el orgullo filosófico puede ne-
«garlo: han sido castigados como nunca jamas lo fuéron.
«¿Pero se han corregido? ¡Ay! donde quiera que vuel-
«vo los ojos, veo al rededor de mí la rebelion escrita
«en las frentes señaladas por el rayo de las divinas ven-
«ganzas: si aplico el oído, escucho blasfemias altaneras
«y risas mofadoras. Dios es todavía un objeto de
«escándalo para los que habian jurado aniquilarle, y
«guardaos de pensar que hayan perdido la esperanza, ni
«abandonado el designio de destronarle. Si queda
«todavía, si subsiste aun un resto de fe, si la tierra
«es aun esclava de la esperanza, solo es, dicen, porque
«se ha atacado mal al cielo.

23. «Llenos de esta idea, reúnen á nuestra vista, y
«vuelven á anudar los hilos rotos y dispersos de su
«vasta conjuracion. Provocando ruidosamente y lla-
«mando del polvo del sepulcro á los primeros gefes
«de la guerra sacrilega que han resuelto prolongar,

(1) *Livre dixieme, cap. 7, pág. 436.*

«se lisongean de que sus espectros trastornarán se-
«gunda vez el mundo. ¡Mas qué! ¿no hemos visto
«aun bastantes desgracias, y bastantes maldades? Y
«por insaciables que puedan ser de calamidades y de-
«litos, ¿no deberian estar ya hartos y fastidiados?
«Contemplad esta Europa, poco ha tan floreciente y
«ahora tan profundamente miserable, que para pintar
«sus dolores, no se hallan otras expresiones que las
«del Profeta: *Su cabeza toda es una llaga, y su*
«*corazon un gran desfallecimiento.* (1) Feliz aun, si,
«felicísima, si este desfallecimiento no degenera en
«un entorpecimiento incurable, que la conduzca in-
«sensiblemente, despues de algunas nuevas crisis, al
«último sueño.”

24. „Mas sea cual fuere el resultado de esta
«revolucion memorable, procuremos sacar de ella
«algunas de las instrucciones que encierra. Nos
«cuestan demasiado caras, para que no tratemos á lo
«menos de sacar algun fruto.

25. «Treinta años ha existia una nacion governa-
«da por una stirpe antigua de reyes, segun una cons-
«titucion ó forma de gobierno el mas perfecto que
«se conoció jamas, y por unas leyes, que con mas
«justa razon que las de los antiguos Romanos, se pu-
«dieran creer bajadas del cielo: ¡tan sábias eran, tan
«puras, tan benéficas, tan favorables á la humanidad!
«Esta nacion célebre por su franqueza, agrado, be-
«nignidad y sus luces, por su amor á sus Reyes y á
«la religion, á quien debia catorce siglos de gloria
«y felicidad, florecia en paz en medio de la Europa,

(1) *Isai. c. 1, v. 5, segun el hebreo.*

«cuya envidia excitaba y cuyo ornamento era por
«la belleza de su legislación, por la noble cultura de
«sus costumbres y por los admirables y famosos mo-
«delos de todo género, con que las letras, las cien-
«cias y las artes la habían, como á porfía y de con-
«cierto, enriquecido. Feliz en lo interior y respetada
«exteriormente, su fama extendida en todas partes se
«atraía los homenajes de las regiones mas lejanas; y el
«universo admiraba en ella á la reina de la civilizacion.

26. «Tal era el pueblo que Dios escogió para dar
«al género humano una grande y terrible leccion. De-
«repente, á la voz de algunos sofistas, opiniones nuevas,
«nuevos deseos se apoderan de este pueblo extraviado.
«Se disgusta y fastidia de sus creencias y de las doc-
«trinas tutelares que le habían elevado á tanta gran-
«deza. Tentado por el fruto del árbol de la cien-
«cia, quiere salir de su condicion y ser semejante
«á Dios, el unico á quien pertenece toda soberanía.
«Súbitamente este atentado es castigado, como el del
«primer hombre, por un irrevocable decreto de muerte,
«que el culpable mismo está encargado de ejecutar.”

27. «La muerte de una sociedad no es otra cosa
«que la extincion de toda verdad social: á su conse-
«cuencia se ve que todas las verdades sociales aban-
«donan de una vez á esta nacion proscrita, y la de-
«jan entregada á sí misma, sin protector y sin regla,
«como aquellos pueblos perdidos, sin esperanza de
«remedio, de quienes los antiguos decian: los *Dioses*
«han huido de ellos.” (1)

(1) *Essai sur l'indifférence en matiere de religion.*
T. 1, chap. X, pág. 386. (Ed. de Paris de 1829.)

28. He aquí lo que sucedió en Francia. A la
vista de este desorden espantoso, que la razon hu-
mana precipitó sobre una nacion tan ilustre y here-
dera de tanta gloria, se diria que Dios escogió al
pueblo mas culto de la tierra, para dar el ejemplo
mas terrible de todos los desastres á que puede condu-
cir al género humano una razon que sacude todo
yugo, que desprecia toda autoridad y que pretende
nada ménos que usurpar á Dios el dominio exclusi-
vo de la creencia. Ni podia ser de otra manera: así
como el reconocimiento humilde de la esencia sobe-
rana de Dios produce la verdad en todos sus aspek-
tos, ennoblece la razon y derrama por todas partes
la felicidad, así tambien las revueltas contra la auto-
ridad infalible empiezan por extraviar al entendimiento,
continuan por arrojar á Dios del templo de la sabiduría
y concluyen reduciendo á cenizas el edificio de la
sociedad. Los que se honraban en Francia con el
título de filósofos la gobernaron muy pronto con el
carácter de ateos, „y en el espacio de algunos meses,
«dice el autor citado, amontonaron sobre ella mas
«ruinas, que un ejército de tártaros habria podido de-
«jar en toda la Europa á los diez años de su inva-
«sion.....No perdonaron al nacimiento; porque
«ellos habían salido del polvo de la tierra; no á las
«riquezas, porque hacia largo tiempo que las codi-
«ciaban; no á la ciencia, porque eran profundamente
«ignorantes; no á la virtud, porque estaban cubiertos
«de crímenes. La muerte se redujo á sistema hasta
«en las pequeñas poblaciones; y acabando con decre-
«tos lo que se habia comenzado con puñales, se sa-
«crificaron al esterminio clases enteras de ciudadá-
«nos.”

29. „En el entre tanto el aborrecimiento al órden, considerándose demasiado estrecho en este vasto teatro de destruccion, rompe sus barreras, y va á amenazar á todos los soberanos de Europa sobre sus mismos tronos. El ateismo tuvo sus apóstoles, y la anarquía sus *Seldes*. Convertida la guerra en bárbaros ataques de salvages, se decretó no dar cuartel á los prisioneros. El honor del soldado se estremece á tal determinacion, y se niega á cumplir esta órden bárbara. Pero fuera de los campos de batalla, ni aun la niñez pudo desarmar la rabia, ni enternecer á los verdugos. Mi alma se fatiga al recordar tantos y tan inespiables horrores. La Francia cubierta de ruinas, presentaba la imágen de un inmenso cementerio, cuando.....; cosa admirable! he aquí que en medio de estas ruinas, las cabezas mismas del desórden, sobrecogidas de un terror repentino, retroceden asombradas, como si el espectro de la nada se les hubiese aparecido. Sintiendo que una fuerza irresistible los arrastra á ellos mismos al sepulcro, su orgullo cae por tierra de improviso: vencidos por el terror, proclaman precipitadamente la existencia del Ser supremo y la inmortalidad del alma; y puestos de pie sobre el cadáver palpitante de la sociedad, llaman á grandes gritos á aquel Dios que solo puede reanimarla.” (1)

30. Hemos visto repasar por la enérgica elocuencia de este escritor contemporáneo la serie calamitosa de estragos que produjo en el órden moral y

(1) *Essai sur l'indifférence en matière de religion. Tom. prem. chap. X.* (Ed. de Paris de 1829.)

político la innumerable turba de escritores, que usurpando el título de filósofos, y exigiendo con descaro el renombre de espíritus fuertes, proscribieron de sus obras la fuerza tutelar de la revelacion divina, y hasta el nombre augusto de su Autor. ¿Mas acaso podrán alegar en favor suyo el haber añadido alguna perfeccion al estado en que habian puesto á las ciencias tantos siglos ilustres como habian precedido? Dijimos que entre las verdades que deducimos del estudio de esta historia se numera un tercer hecho cuya evidencia es incontrastable, es decir, se ve todo el mundo reducido á confesar que nunca se ha delirado mas, y que nunca habian sido tan momentáneos los triunfos de la razon. Hemos hablado hasta aquí de los delirios prácticos, cuya fatal influencia bañó de sangre la Francia y gran parte de la Europa: no concluiremos este punto, sin decir una palabra sobre los delirios de la especulacion, y las miserias de esa ciencia improvisada. Oigamos este propósito la consecuencia general que deduce el actual Obispo de Le Mans de todas las observaciones que hace en su *Historia compendiada de la filosofia*. „De todo lo que hemos dicho en el curso de esta obra resulta que los filósofos que no han querido tener por guia sino su razon han suscitado un gran número de cuestiones importantísimas, sin resolver ninguna de una manera satisfactoria. Despues de tantos años de experiencia, tantas escuelas, trabajos y escritos, no han pasado de lo que eran hace tres mil años. No están de acuerdo ni sobre el Dios, ni sobre el mundo y su naturaleza, ni sobre la formacion del hombre y sus destinos, ni sobre el origen del mal que le deshonra y

atormenta, ni sobre la sociedad y sus condiciones, ni sobre las reglas del vicio y de la virtud; en una palabra, sobre ninguno de los puntos que constituyen el orden moral. (1)

31. Pero no es esto todo: ellos no fueran tan despreciables, si hubieran conservado íntegramente los conocimientos que ya se habían reunido en el siglo XVII. Pero no fué así: su empeño frenético en despreciar todo lo que podía merecer el título de ilustre, los hizo trasplantar á su siglo cuantos errores y sofismas habían abortado las épocas anteriores, y aumentar prodigiosamente con sus propios delirios este depósito inmenso de absurdos y cavilaciones; y para que no faltase á su mengua nada de cuanto pudiera contribuir á condenarlos, ellos mismos lo prepararon todo, hasta el medio mas á propósito de apresurar su condenacion en el criterio de esta reciente posteridad. En la historia filosófica de otros siglos es necesario caminar á paso lento, pasar por una serie no interrumpida de observaciones, para venir en último resultado á formar un concepto aproximativo de las doctrinas reinantes; pero en el siglo XVIII, ni aun de esto se necesita: pues todos los actores de su escena literaria tuvieron el cuidado de recapitular los frutos diversos de sus investigaciones en una obra célebre, con que imaginaban sin duda sojuzgar la admiracion de la posteridad. La *Enciclopedia metódica* será siempre en buena crítica la produccion mas exacta de todos los esfuerzos combinados de los filósofos de ese

(1) *Historie abrégée de la Philosophie. T. 2, liv. XI. conclusion.* (Ed. de Mans de 1841.)

tiempo. ¿Y qué es la Enciclopedia metódica? La nueva torre de Babel. Este coloso, levantado por el orgullo en un campo desierto, no sé si tendria siquiera un brillo del momento; pero el hecho es que no tardó mucho en ser un pábulo continuo á la universal irrision. Semejante á un cuerpo gangrenado, empezó á caer á pedazos, desde que comenzó tambien á recorrer sus partes el ojo penetrante de la crítica. Dió un paso el tiempo, y cayó, digámoslo así, consumido por su propia corrupcion. Tal es la suerte que corrieron tambien por lo general los escritos y los nombres de la mayor parte de sus autores. El presente siglo los ha juzgado ya: los hombres sensatos de la época los han entregado al desprecio, y los espíritus fuertes de hoy se avergüenzan de parecerseles.

32. Queda pues demostrado el tercer hecho; y á la vista de las tres verdades que hemos enunciado, tenemos por lo mismo sobrado derecho de concluir, que nada hai mas peligroso para la ciencia, la política, las costumbres, la conducta del individuo y la marcha de la sociedad, que el uso exclusivo de la razon, y el tomarla como el único conducto para transmitir el sistema de las leyes divinas. La índole propia de la razon humana, ese espíritu de independencia, que siempre la distingue, inspira naturalmente la mayor desconfianza por la facilidad y frecuencia con que prescinde de todas las tradiciones y desprecia todo género de autoridad. La experiencia que tiene cada uno de lo que le pasa á sí mismo y esas disputas siempre antiguas y siempre nuevas que se han agitado y agitan constantemente entre los publicistas sobre los principios de la sociedad, engendran un desconsuelo pro-

fundo y hacen morir la esperanza. Despues de haber visto inútilmente agotados todos los recursos de la razon y toda la fecundidad del genio para retirar siquiera una línea ese sagrado valladar que ha puesto Dios á los avances del entendimiento; despues de haber visto precipitarse desde la cumbre de la independencia hasta el abismo de la contradiccion y de la duda á los filósofos de todos los tiempos; nuestro orgullo queda confundido, y nos hasta conservar un resto de prudencia, para tener una desconfianza suma de la razon. „¿Podrémos tener la presuncion de creernos mas hábiles ó mas infalibles, que tan esclarecidos ingenios? ¿Qué es pues la razon abandonada á sí misma, si aun á los que la han poseido en un grado tan alto no ha podido conducir mas que á contradicciones sin fin y á increíbles absurdos?” (1)

33. Se han visto ya en todo el discurso de este capítulo los inconvenientes que resultan de separar en lo absoluto de la razon la revelacion, al desenvolver los eternos y luminosos principios del Derecho divino. Veamos ahora las ventajas inapreciables que deben resultar al individuo y á la sociedad del sistema contrario, es decir, de valernos de esta doble antorcha, apoyando siempre la razon sobre la autoridad infalible del principio revelado.

CAPITULO SEGUNDO.

De las ventajas que resultan de unir el Derecho natural con el divino positivo.

34. Cuando hablamos de un Derecho natural y un

(1) BOUVIER. *Prefacio de la obra citada.*

Derecho divino positivo, no pretendemos considerarlos cual si realmente fuesen dos Derechos diversos. Ellos son uno mismo en el fondo, puesto que reconocen un mismo principio que es Dios, un mismo sugeto que es el hombre, un mismo objeto que es la conducta moral, un mismo fin que es la posesion de la felicidad eterna, y unos mismos preceptos que son los que prescriben y arreglan el amor á Dios, á nosotros mismos y á la sociedad. ¿Cuál es pues la diferencia única que existe entre uno y otro? El diverso modo con que una misma lei ha sido comunicada á todos los hombres: de donde resulta que la llamamos Derecho natural, para dar á entender que desde el principio fué promulgada por medio de la razon natural; la llamamos Derecho positivo, para dar á entender que con el trascurso de los tiempos se promulgó de nuevo á todos los hombres por una explícita y terminante revelacion. Al hablar pues de las ventajas que deben resultar de la union repetida, se trata únicamente de recorrer las consecuencias mas importantes que el individuo y la sociedad deben deducir á su favor del concurso de la razon y la revelacion en el sistema general de todas las leyes.

35. La primera de estas consecuencias puede ya deducirse, con solo atender á las observaciones que dejamos hechas en el capítulo anterior: pues habiendo visto ya los graves inconvenientes que una separacion absoluta trae consigo misma, fácil nos es inferir que ellos desapareceran del todo, con solo remover la causa que los produce, es decir, con solo unir estrechamente el uso del racionio con el principio revelado. Las primeras ventajas, por lo mismo, que